

Riesgo de Perder Identidad e Independencia

EU, Visto Como la Salvación

- ★ ALC, Objetivo Fundamental de la Elite Política
- ★ Decidirá el Capitolio, no la Sociedad Mexicana
- ★ Ultimo Homenaje a un Nacionalismo que ya se fue

LORENZO MEYER

El mismo gobierno que el año pasado organizó la gran concentración de Monterrey, donde se coreó el estribillo: "Bush amigo / el pueblo está contigo", es el que hace poco organizó una marcha —esta vez en el Distrito Federal y motivada por la guerra en el Golfo Pérsico— en la que los participantes corearon consignas antimperialistas en donde Bush no era visto como amigo sino como amenaza.

¿Significa el hecho anterior que la orientación básica del gobierno actual frente al de Estados Unidos ha cambiado? De ninguna manera: la manifestación de Monterrey era la culminación de un proceso que está en el centro del programa del gobierno salinista, la de la capital de la República no fue más que un simple resabio de tiempos idos, un último homenaje al nacionalismo gubernamental que ya se fue.

Una o diez crisis como las del Golfo Pérsico no modificarán ya el curso del rumbo elegido por los gobernantes mexicanos: la decisión fue tomada en el nivel más alto, es radical y la voluntad que la apoya es tan firme como Gibraltar: el objetivo fundamental del gobierno encabezado por Carlos Salinas

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

EU, Visto Como la Salvación

Sigue de la primera plana

es la firma de un Acuerdo de Libre Comercio con Estados Unidos, y al que se considera la garantía del éxito del proyecto de crecimiento hacia afuera de la economía mexicana. Todo lo demás —unipolaridad, intervencionismo militar en los subsistemas regionales del mundo, etcétera— es lo de menos. Desde esta perspectiva, el anti-imperialismo es absurdo por ser contrario a la lógica económica.

A ojos de la élite política mexicana actual, Estados Unidos ha dejado de ser visto como un problema para la seguridad mexicana y, gracias a la crisis económica iniciada en 1982, ha pasado a ser visto como la gran solución histórica al problema de la viabilidad económica de México. Sólo la unión con el poderoso vecino del norte nos salvará y, sobre todo, salvará a los individuos e intereses del grupo que conforma a la élite nativa.

No es ésta la primera vez que un grupo político mexicano cambia de manera tan radical su visión respecto de los Estados Unidos. Los elementos más radicales del grupo liberal —los llamados "puros" de los cuales Lorenzo de Zavala es prototipo— dieron ese gran viraje a mediados del siglo pasado, como resultado de una gran frustración. Los neoliberales de ahora no hacen sino repetir el proceso que tuvo lugar hace siglo y medio, aunque esta vez con mayores posibilidades de éxito. En ambas ocasiones una crisis nacional profunda llevó a un puñado de líderes muy ideologizados a buscar en la cercanía política y económica con los norteamericanos —los representantes de la modernidad— la solución a los problemas fundamentales de México; si fracasaron en este intento fue porque Estados Unidos —profundamente divididos entre norte y sur— no se interesó en la posibilidad.

Como se recordará, hace 170 años, en 1821, una ola de optimismo invadió a aquellos sectores de nuestro país que estaban en posibilidad de comprender el significado de la independencia y beneficiarse de ella. La fantasía se desbordó al punto que la Gaceta Imperial de México, por ejemplo, anunció que un día México sería "Primera potencia del mundo por su extensión, fertilidad, clima y situación geográfica..."; Juan Manuel de la Barrera fue más lejos y, en una hoja volante, dijo que posi-

blemente llegaría el día en que México se convirtiera en "la capital del mundo". Una realidad brutal pronto convirtió este ingenuo entusiasmo en frustración y desesperanza. El Primer Imperio fue efímero y al concluir, Centroamérica se separó de México. Tras la presidencia de Guadalupe Victoria, la inestabilidad se convirtió en la característica central de la vida política mexicana: las revueltas menudearon, el localismo y los intereses corporativos —en particular los de la Iglesia— se superpusieron al interés general y Texas se perdió de manera humillante; el ejército servía para todo menos para respetar la ley y defender la integridad nacional. Finalmente, la catástrofe; el país fue invadido y derrotado por los norteamericanos. Don Simplicio, una publicación liberal, declaraba ya el 11 de julio de 1846 que "la nación carecía de todo porvenir".

Ante la amargura de la derrota, un grupo de los liberales "puros" es decir radicales y doctrinarios, y que al finalizar 1847 dominaron el ayuntamiento de una ciudad de México ocupada por el ejército norteamericano, la consiguieron idea de hacer de la derrota militar de México el principio de su regeneración. El meollo del plan de este puñado de liberales radicales era lograr que un México ya vencido y ocupado, fuera anexado a los Estados Unidos o, por lo menos, convertido en un protectorado, de suerte que bajo la influencia modernizadora de los norteamericanos, se librara para siempre de dos de sus peores legados coloniales: el ejército y la Iglesia, cuya insistencia en preservar sus fueros y privilegios habían impedido la modernización de la antigua Nueva España y la había llevado a una situación catastrófica. Siendo parte de la Unión Americana —razonaron los "puros"— no habría ya más Santa Annas, ni la Iglesia mantendría en sus manos el control de una riqueza tan grande como inútil, ni las odiosas alcabala, trabarían el libre intercambio de las mercancías y la justicia se modernizaría estableciendo el sistema de juicio por jurado. En una palabra, y desde la perspectiva de esa facción liberal, México bajo el dominio norteamericano entraría, por fin, a la época del capitalismo pleno y, por tanto, del progreso material y la regeneración moral.

Cuando unos años más tarde —a fines de 1859— otros liberales, los de la Reforma, se encontraron empujados en una guerra a muerte que estaban perdiendo contra los conservadores, aceptaron suscribir con el gobierno norteamericano el famoso tratado McLane-Ocampo, documento que a cambio de lograr el apoyo norteamericano en la terrible lucha por la modernización puso en entredicho la soberanía mexicana. Como se sabe, en la convención anexa al tratado se declaró que en caso de que el gobierno de uno de los dos países signatarios no pudiese cumplir las estipulaciones de lo pactado, era su obligación "solicitar el socorro del otro para mantener la debida ejecución de ellas, y también el orden y la seguridad en el territorio de aquella República en donde tal violación y desorden suceden". Como bien señaló don José Fuentes Mares, esa convención hacía de México el protectorado que antes habían contemplado los "puros".

Como sabemos, Estados Unidos ni anexó México a la Unión ni lo hizo protectorado. En la región norte de Estados Unidos se temió que incorporar a México sólo serviría para dar mayores alientos a los estados esclavistas del sur, lo que iba en contra del interés nacional norteamericano, tal como éste era definido por los nortefios.

Con todas las salvedades requeridas por las diferencias en el tiempo y las circunstancias, creo que la actitud de los neoliberales mexicanos actuales no es, en el fondo, muy diferente de la que asumieron los liberales de mediados del siglo pasado. Los de hoy como los de ayer son un grupo muy pequeño pero muy doctrinario, que reacciona con políticas radicales y de gran costo social a una crisis global; la provocada por el fracaso total de un sistema económico basado en el proteccionismo y el estatismo, pero que terminó en un empantanamiento burocrático de las fuerzas productivas y una corrupción mayúscula.

Los tecnócratas neoliberales que hoy tienen en sus manos el poder político de México sueñan, como sus antecesores, con la modernización por la vía del mercado; es decir, del capitalismo sin trabas internas o externas. Como los liberales de ayer, los de hoy

ven con entusiasmo la posibilidad de que una gran fuerza externa —la fuerza del capitalismo norteamericano— sea como el ariete que rompa en mil pedazos a los intereses creados que se oponen a la desaparición de una tradición dañina —estatismo y populismo— y ponga de una vez por todas en el camino del progreso materia la una sociedad renuente a la modernización, como es la mexicana.

Esta vez el radicalismo liberal no es el producto de una derrota militar como hace siglo y medio de la desilusión que produjo la imposibilidad de superar el subdesarrollo sin perder la independencia. Los neoliberales de hoy no se encuentran en una lucha a muerte con sus adversarios como lo estuvieron sus predecesores en 1859, pero las elecciones de 1988 estuvieron a punto de costarles el poder, es decir, su vida política y el éxito material que de ella se deriva. En vista de lo anterior, los liberales radicales de hoy han decidido hacer de la crisis de la clase política postrevolucionaria una oportunidad, y para ello lanzaron por la borda el viejo populismo nacionalista mexicano cargado de una retórica antimperialista y en su lugar propusieron una definición del interés nacional que requiere, para materializarse, de un estrechamiento de los vínculos políticos y económicos con la gran potencia del norte, al punto que un acuerdo de libre comercio con Estados Unidos es sólo el primer paso en un camino que tiene como meta, lo que apenas ayer se consideraba como el destino a evitar: la absorción de la economía mexicana por la norteamericana.

Hoy como ayer, la última palabra la tiene no la sociedad mexicana —que sigue controlada por la vía de un autoritarismo que cambia pero no desaparece— sino el congreso norteamericano, pues es ahí donde se aceptará o rechazará la oferta que hace a Washington el gobierno mexicano.

Hoy como ayer, el riesgo de la salvación de la economía nacional por la vía liberal es que se pierdan identidad e independencia. Y lo peor de todo, es que hasta ahora nadie ha formulado una verdadera alternativa a la propuesta neoliberal.